



Identidad negra en la ciudad : detras de las apariencias.

Odile Hoffmann

► To cite this version:

Odile Hoffmann. Identidad negra en la ciudad : detras de las apariencias.. Séverine DURIN. Etnicidades urbanas en las Americas : procesos de insercion, discriminacion y politicas multi-culturalistas., CIESAS ; EGAP,, pp.99-115, 2010. <halshs-00690932>

HAL Id: halshs-00690932

<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00690932>

Submitted on 24 Apr 2012

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Identidad negra en la ciudad: detrás de las apariencias¹

Odile Hoffmann²

INTRODUCCIÓN

Después de privilegiar durante mucho tiempo una aproximación a través de las estructuras urbanas, los estudios sobre la ciudad tienden ahora a valorar las prácticas —espaciales, culturales, económicas— de los habitantes en tanto productores de la ciudad. Si las primeras aproximaciones —la ciudad como estructura— ocultaban el rol del habitante, sujeto y actor de su espacio, las segundas —la ciudad como modo y producto/productora de sociabilidad e identidades— minimizan el peso de los procesos estructurales que limitan y condicionan las opciones de los individuos en sus posicionamientos identitarios. De hecho, las individualidades y las estructuras urbanas están en permanente interacción, y de alguna forma se encuentran contenidas en las prácticas.

La identificación étnico-racial, por su dimensión a la vez colectiva, *pública* (en el sentido en que se deja ver e interpretar) y profundamente individual, tiene correspondencias, al igual que otras identificaciones,³ con estas interacciones entre estructuras y agencias que se tejen en la ciudad. En efecto, la identificación étnico-racial produce diferenciaciones que pueden cristalizarse en el espacio urbano —búsqueda de un *entre sí* que eventualmente deriva en la conformación de guetos— y es a la vez, al menos en parte, resultado o reacción a estas estructuras urbanas —atribuciones impuestas, estigmatizaciones o inversión de los estigmas. La recuperación de espacios públicos por parte de grupos llamados o autodenominados *étnicos* o *raciales*, la trasgresión de los usos

¹ Este capítulo se inspira en mi contribución a un estudio comparativo de la etnicidad en las ciudades de Tumaco, Cali y Cartagena (Hoffmann, Cunin y Barbary, 2007).

² Odile Hoffmann es directora del Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. (CEMCA. <www.cemca.org.mx>) en la ciudad de México. Es doctora en Geografía por la Universidad de Bordeaux (1983), ha trabajado en México y Colombia sobre temas relacionados con dinámicas rurales, historia agraria, política local, y desde 1996, sobre los procesos identitarios de las poblaciones negras en América Latina. Es directora de Investigación en el Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD, Francia). Su más reciente libro es: *Comunidades negras en el Pacífico colombiano*, Abya-Yala-IFEA-CEMCA, CIESAS, IRD, Quito, 2007. <www.odilehoffmann.com>.

³ Las diferenciaciones socioeconómicas y las pertenencias de clase pueden ser objeto de análisis similares y, de hecho, se articulan con las categorizaciones étnicas y raciales.

o del sentido de los símbolos urbanos —las bandas latinas en los Estados Unidos, los ghettos afros—, son expresiones identitarias que se afianzan en la ciudad y le confieren un nuevo rostro. Al mismo tiempo, la sociabilidad urbana, que relaciona los grupos y las personas en ámbitos que muchas veces escapan de codificaciones preestablecidas, ofrece nuevas posibilidades a los actores étnicos —individual o colectivamente— para reconstruir su identidad frente a los otros (Lestage, 2001). Participa de esta forma en la recomposición identitaria que afecta al conjunto de la sociedad contemporánea.

Retomamos así, en parte, el viejo debate abierto por la Escuela de Chicago hace casi un siglo acerca de la segregación urbana y sus dimensiones étnico-raciales —el gueto—, pero ahora con un aporte nuevo: las identidades pueden plasmarse no sólo en las estructuras urbanas —guetos raciales, barrios estigmatizados o reservados—, sino también en fenómenos menos visibles y estables como son algunas prácticas socioculturales propiamente ciudadinas, como por ejemplo el carnaval en muchas ciudades, ciertos modos de habitar en las viviendas, de hacer comercio o fiestas, etcétera. Con esto, quiero insistir en que *la cultura en la ciudad* se deja ver y conocer a través de las estructuras urbanas, y a la vez en las prácticas —espaciales, culturales, económicas— de los habitantes en tanto son productores de la ciudad.

Respecto a las poblaciones *negras*,⁴ esta problemática se articula con los debates sobre la discriminación, la lucha contra el racismo y los medios desplegados por los actores mismos para exigir el acceso a una ciudadanía igualitaria. El análisis de la etnicidad negra en la ciudad,⁵ al enfocar los mecanismos de inclusión o exclusión en diferentes niveles, pone en evidencia la diversidad de prácticas sociales y espaciales de los habitantes y su capacidad de innovación y acción. Veremos así que los marcadores identitarios territoriales no son los mismos según los contextos espacio-temporales, tal como también varían, según los contextos, las relaciones —de tensión, ignorancia o buena convivencia— entre los grupos sociales, raciales o étnicos.

Comprender la etnicidad negra en la ciudad implica entonces analizar tanto las estructuras como las prácticas del espacio urbano. En otros términos, requiere analizar la inscripción de la etnicidad negra en la ciudad y, al revés, indagar cómo la ciudad participa en la construcción de esa etnicidad. El contexto es el de la Colombia de

⁴ Acerca de los términos *blanco* y *negro*, es preciso aclarar que ninguna de estas categorías debe tomarse como objetiva o natural, al contrario, resultan de construcciones sociales contextualizadas en el tiempo —aquí los años 1990— y el espacio —Colombia y el Pacífico.

⁵ No es lugar aquí para desarrollar el concepto de *etnicidad negra*. Sólo precisaré que el término adquiere pertinencia en el contexto específico de las innovaciones constitucionales y legislativas de Colombia, a principios de los años noventa, que acuñaron la noción y le dieron contenido social y político. Para más detalles véase Hoffmann (2007).

los años noventa del siglo XX, en la región del Pacífico sur mayoritariamente habitada por población negra. Tiempo y espacio dibujan para nuestro tema un marco muy particular y determinante de muchas dinámicas, pues la Constitución de 1991 consagró la adopción del modelo multicultural que permitió el reconocimiento de las comunidades negras como grupo étnico, otorgándoles luego, con la Ley 70 de 1993, derechos ciudadanos basados en la etnicidad: mayor acceso a la representación política, la etnoeducación, el territorio.

Tumaco, pequeña ciudad al sur de Colombia —con 77 000 habitantes en 1998—, cerca de la frontera con Ecuador, se presta para estudiar estas cuestiones. La historia de la ciudad y su reciente desarrollo, pues apenas data del siglo XIX, nos permite comprender mejor quiénes son los actores sociales que se han comprometido en la construcción del espacio urbano. A través de las modalidades de repartición y eventual segregación de espacios residenciales, pero también de espacios públicos y de su uso, podremos evaluar el papel jugado por la dimensión sociorracial en la organización urbana. Finalmente, nos preguntaremos por la movilización identitaria negra de los años de 1990 y su relación con la ciudad, impregnada de contradicciones: la identidad negra reconocida y fundada —legalmente— sobre la apropiación territorial rural, estaría en cierta forma negada a los pobladores urbanos, al tiempo que está ampliamente asumida y difundida por ellos, quienes están más escolarizados e integrados en las redes nacionales e internacionales de los movimientos negros.

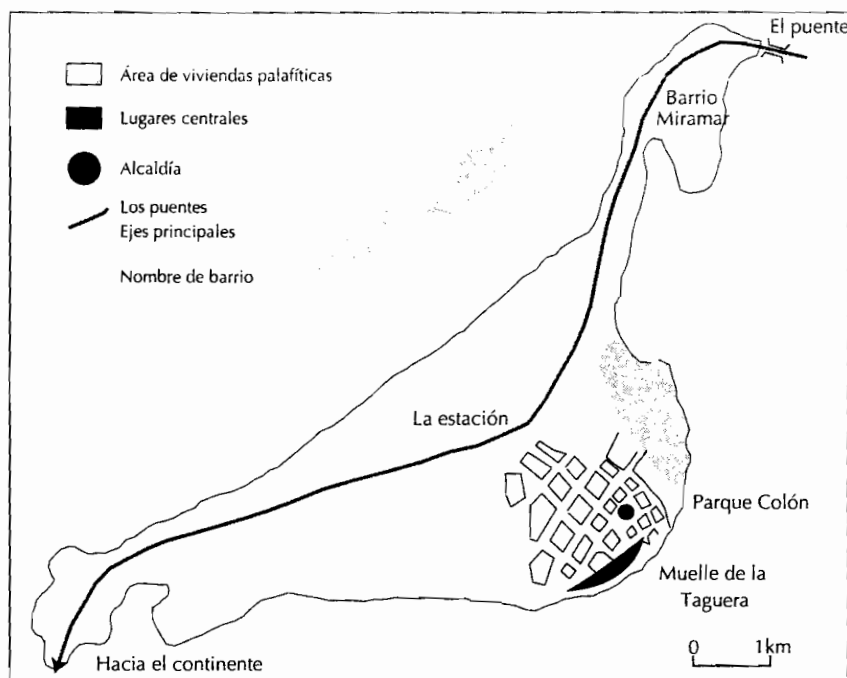
LA ESCALA DE LA CIUDAD:

LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO

La historia reciente de Tumaco está marcada por desastres y acontecimientos violentos que permanecen en la memoria colectiva: el incendio de 1947, el maremoto de 1979, la gran revuelta popular de 1988, conocida como *el tumacazo*, han marcado rupturas en las dinámicas económicas y demográficas de la ciudad y la región.

Originalmente pequeño pueblo costero sin importancia económica, poblado principalmente por nativos negros y un puñado de comerciantes y funcionarios *blancos*, Tumaco se afirma como puerto y centro de actividad regional a principios del siglo XX. La exportación de productos forestales —caucho, corozo o marfil vegetal— recolectados por los nativos y vendidos por los negociantes, atrae a una población extranjera —especialmente italianos, alemanes, franceses— que edifica la ciudad a su imagen: en la proximidad de los muelles —el Muelle de la Taguera—, alrededor de una plaza central flanqueada por la iglesia, el palacio municipal, la aduana y después la notaría —alrededor del parque Colón—, las grandes familias blancas construyen

FIGURA 1
Tumaco en los años 1940



sus viviendas y casas comerciales (figura 1). Los habitantes negros viven en los alrededores y en los intersticios de la ciudad, entre las quintas de los blancos. En los años treinta, las descripciones presentan a Tumaco como la metrópoli del sur, un puerto abierto al extranjero, una ciudad moderna —con vías públicas, electricidad—, letrada —con muchos colegios—, rica en comercios y casas de negocios y con una incipiente actividad manufacturera —fábrica de botones en el barrio de la Taguera— (Merizalde, 1921; Minaudier, 1992; Restrepo, 1999a).

La quiebra del modelo de extracción-exportación de productos naturales, en competencia con los derivados del petróleo, debilitó a las élites comerciantes a partir de 1940. El terrible incendio de 1947 que devastó la ciudad aceleró su ruina. Muchos se replegaron hacia las localidades del interior y abandonaron definitivamente Tumaco. Los lugares fuertes que estructuraban la ciudad y simbolizaban los poderes administrativo, político y religioso desaparecieron entre las llamas —catedral, palacio municipal, notaría, tribunal y las residencias alrededor de la Plaza Colón. En torno a esa plaza, sólo la catedral fue reconstruida, mientras la alcaldía fue trasladada a la actual

calle principal y las mansiones de las grandes familias fueron reedificadas sin los lujos de antaño. A pesar de los muchos proyectos⁶ y salvo algunos barrios restaurados, no se realizó ningún programa global de reconstrucción urbana. La ciudad se hunde en el marasmo económico hasta principios de 1970, cuando un gran proyecto de industrialización se desarrolla alrededor de las actividades forestales y de transporte marítimo. Pero la tregua durará poco. Estos dos sectores de producción —después de emplear una abundante mano de obra urbana— decaen a fines de 1970 debido a razones diversas pero convergentes —modificación de la legislación forestal que restringe la explotación, competencia con los fletes del puerto de Buenaventura, administración inadecuada del puerto, encenagamiento de la bahía de Tumaco. Con ello se frustró la incipiente conformación de un proletariado urbano negro, a pesar de una fuerte movilización popular en 1977 apoyada por sindicatos y algunos universitarios del interior.

En estos mismos años, el crecimiento urbano es alimentado por las migraciones rurales de la proximidad. A pesar de su evidente deterioro, la ciudad permanece como la única ventana abierta a un posible progreso para la mayor parte de una población rural que aspira a un mejor porvenir —salud y educación para los hijos—. La ciudad crece sobre sus márgenes cenagosos y arenosos frente al océano. La población urbana, cuyo número se había duplicado entre 1950 y 1964, todavía se multiplica por dos entre 1964 y 1985, para alcanzar alrededor de 50 000 habitantes en 1985 y 77 000 en 1998.

A finales de 1980, el gobierno comienza a invertir en proyectos de desarrollo regional para el Pacífico. Se afirma el papel de la ciudad como portadora de modernidad y los grandes programas de desarrollo como Pladeicop en 1980 y después el Plan Pacífico en 1990, incluyen aspectos de ordenamiento urbano. En Tumaco, éstos tienen que ver principalmente con redes de saneamiento y electricidad —la interconexión con la red nacional sólo se haría en 1994—, las vías —el centro es finalmente pavimentado en 1984—, las infraestructuras educativas y sanitarias. Además, dos importantes programas buscan reorientar el crecimiento de la mancha urbana hacia el continente (Álvarez, 1999).

En medio siglo —de 1940 a 1990—, Tumaco se ha convertido en la tercera ciudad del Pacífico después de Buenaventura y Quibdó, una ciudad cuya estructura material y demográfica ha sido profundamente trastornada. A la oposición inicial, histórica, entre blancos ricos y negros pobres le siguió una jerarquía social y económica más compleja que, sin embargo, sigue utilizando la oposición blanco-negro como línea de lectura más frecuente de las dinámicas actuales, debido en gran parte a la frecuencia

⁶ Entre los cuales hubo algunos muy ambiciosos, como el Plan de Reconstrucción Urbana en el que participó Le Corbusier y un grupo de expertos nacionales, y al que se debe la urbanización de la Isla del Morro (Álvarez, 1999).

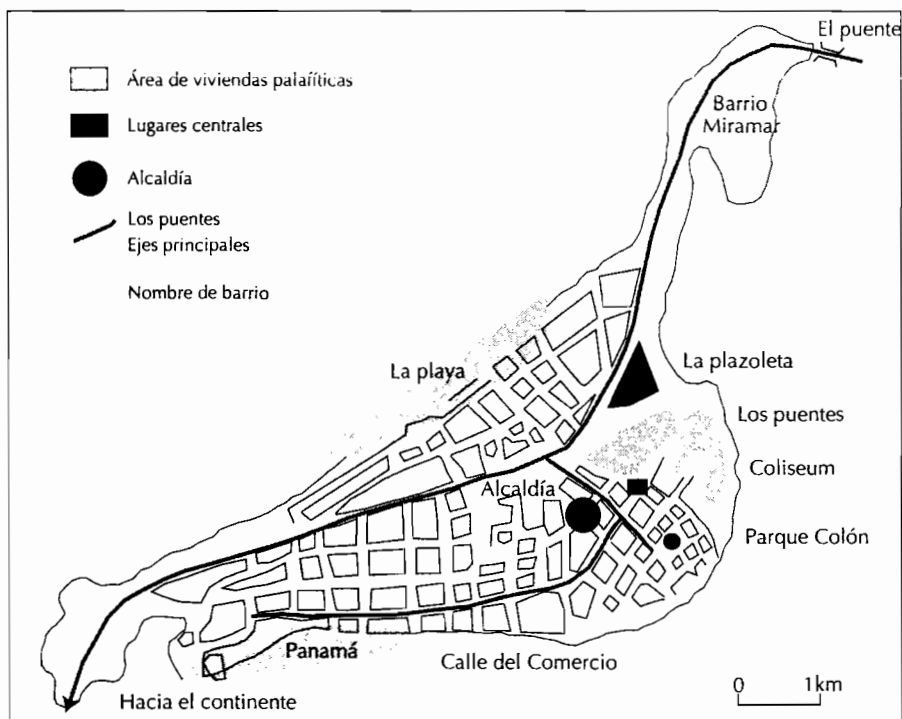
muy baja del mestizaje tanto en la ciudad como en la región. La calificación *negra* o *blanca* de los barrios o los habitantes, en las páginas que siguen, se refiere a este binomio que ordena las representaciones espaciales y sociales en Tumaco.

Las desigualdades socioeconómicas se reflejan en el espacio urbano por la proliferación de barrios de invasión contruidos en una maraña laberíntica de casas palafíticas, sin instalaciones sanitarias ni redes legales de electricidad, edificadas sobre los espacios pantanosos robados al mar —Los Puentes, La Playa. Estos lugares son ampliamente estigmatizados por los habitantes del centro de la ciudad, quienes los conciben como focos de inseguridad y delincuencia (Restrepo, 1999b). En cambio, en el extremo norte de la isla se desarrolla un barrio rico, Miramar, alrededor del antiguo barrio del personal directivo de los aserraderos, donde se construyen inmensas viviendas, algunas con un lujo desconcertante, probable producto del tráfico de droga en pleno crecimiento. El centro mismo de la ciudad ha cambiado radicalmente. El parque Colón, símbolo de una hegemonía blanca ahora superada, ha sido abandonada por las élites o, en todo caso, excentrada. Los centros de actividades, sobre todo comerciales, se han desplazado hacia un tejido urbano cuadrículado por calles bastante anchas y bordeadas de casas habitadas, sin distinción, por la clase media conformada tanto por blancos, en minoría, y negros. La alcaldía, asediada permanentemente por una multitud de parroquianos, funge como nodo central de la circulación y las movilidades cotidianas. La Plazoleta para pasear y jugar, y el Coliseum para los espectáculos, constituyen los principales lugares organizados de ocio (figura 2).

La ciudad de Tumaco había sido construida sobre y por el mar, por el tráfico marítimo, por una clase de negociantes frecuentemente extranjeros y cosmopolitas quienes importaron un modelo de ciudad conforme a sus necesidades. Los desastres —incendios, maremotos—, la ruina de las actividades de extracción y exportación, el fracaso de las tentativas de industrialización ligado al persistente abandono de las autoridades centrales hacia ese fin del mundo, han terminado con las antiguas marcas territoriales que recordaban esos orígenes. El cuadro que aparece a continuación resume las principales fases de esta evolución. Las recientes dinámicas urbanas están acompañadas por un desplazamiento del centro de gravedad de la ciudad, que se vuelca hacia el continente en detrimento de sus alrededores fluviales y marítimos. El abandono institucional correspondió claramente con la partida de los grandes blancos y la suspensión de las inversiones económicas en la región a mitad del siglo XX. Tumaco devino “ciudad negra” en la medida en que se empobreció. La degradación urbana ha sido tal, que la población local —negra y mestiza—⁷ se ha

⁷ El término *mestizo* no se emplea localmente. Aquí se utiliza en referencia a los *blancos* que permanecieron en el lugar después de las quiebras de los años 1950-1960, y quienes frecuentemente han

FIGURA 2
Tumaco en los años noventa



rebelado varias veces: durante las huelgas de 1977 para protestar contra el cierre de los aserraderos; durante el *tumacazo* en 1988, o más recientemente, en 1994, con grandes manifestaciones en contra del deplorable estado del sistema de agua potable. En cada uno de estos acontecimientos, las denuncias acerca del abandono institucional se relacionaban más o menos explícitamente con la discriminación racial que sufre Tumaco y su población nativa. Se denunciaba un racismo institucional que se ejerce no solamente en contra de los individuos y de la sociedad, sino en contra de la ciudad percibida como actor político-social. Los párrafos que siguen tratan de comprender cómo se expresa, en el espacio urbano, esta dimensión sociorracial que marca la identidad de Tumaco.

establecido alianzas con los habitantes *nativos* negros. Ellos se conciben a sí mismos como *tumaqueños*, a veces como *mulatos* o *blancos* según los contextos.

Resumen de la construcción del espacio urbano en Tumaco

<i>Periodos</i>	<i>Finales del siglo XIX a 1949</i>	<i>Años 1950 a 1970</i>	<i>Años 1980</i>	<i>Años 1990</i>	<i>Actual</i>
Acontecimientos distintivos	Maremoto de 1906. Incendio de 1947-1949.	Maremoto de 1979.	“Tumacazo” de 1988.	Infraestructuras 1994-1996.	Extensión del conflicto armado: guerrilla, paramilitares.
Evolución de las estructuras urbanas	Plaza Colón.	Barrios de reconstrucción, el centro, primeros barrios lacustres.	Invasiones y barrios lacustres. Primer proyecto de la Ciudadela.	Intraestructuras colectivas. Segunda etapa de La Ciudadela.	Barrio Miramar, visibilidad de la economía de la droga.
Actores del desarrollo urbano	Negociantes blancos y construcción de una ciudad “moderna”.	El Estado y los grandes proyectos de modernización económica. El abandono urbano.	Inicio de las políticas urbanas.	Descentralización, Programas de Desarrollo Regional (Plan Pacífico, PBP).	
Fenómenos de migración	Hegemonía blanca.	Salida de los blancos e inmigración rural.	Inmigración rural hacia Tumaco y emigración exterior al municipio.	Aumento de inmigración <i>paisa</i> .	
Población urbana (censos del DANE)		12 700 en 1951*. 25 150 en 1964*.	44 800 en 1973*. 48 600 en 1985*.	71 000 en 1993*.	76 800 en 1998**.
Tasas de urbanización		30 % en 1951*. 38.3 % en 1964*.	51.3 % en 1973*. 49.8 % en 1985*.	54.6 % en 1993*.	52 % en 1998**.
Actividades económicas	Extracción, negocio, exportación.	Madera, puerto.	Años de crisis, primeras culturas de la coca.	Administración. Palmicultura. Cría de camarones.	Palmicultura. Extensión del cultivo y del tráfico de coca.

Fuentes: *Censos del DANE **Proyección de la Oficina de Planeación Municipal. Plan Operativo de Desarrollo Municipal, municipio Tumaco, 1998

EN LA CIUDAD:

SEGREGACIÓN ESPACIAL E INVERSIÓN EN EL ESPACIO

En el Tumaco de hoy no se puede hablar de segregación racial en el plano residencial, aun si existen prácticas segregativas. En efecto, no se ven barrios negros ni colonias blancas, pero ningún blanco vive en los barrios pobres y pocos negros viven en el barrio elegante de Miramar. Las distinciones de clase se imponen sobre otros criterios para ordenar la sociedad local y su espacio. Al mismo tiempo, dos procesos convergen para alimentar un sentimiento de profunda discriminación entre los residentes de los barrios populares: la especialización de las actividades económicas, cada una asociada con grupos de orígenes diferenciados, y la fuerte segregación socioeconómica que, sin corresponder estrictamente con las jerarquías sociorraciales, de todos modos sostiene las barreras entre los grupos. En otros términos, la jerarquía económica y la sociorracial se entretejen íntimamente, si no en las estructuras visibles, por lo menos en las vivencias urbanas.

En efecto, a pesar de la ausencia de demarcación espacial-residencial, los grupos socioétnicos están claramente identificados en la ciudad. Los no nativos —eufemismo para los blancos—, con frecuencia son denominados bajo el genérico de *paisas*. El término aplica en Colombia a los originarios de Antioquia descendientes de los campesinos colonizadores cafeteros, conocidos como emprendedores y dinámicos, pero en Tumaco, la denominación de *paísa* se extiende al conjunto de los inmigrantes blancos del interior del país.

Sin embargo, pronto aparecen diferencias dentro de esta categoría, en función de las actividades desarrolladas por unos u otros. Los verdaderos *paisas*, originarios de Antioquia, tienden a especializarse en el comercio al menudeo —alimentación, ropa, droguerías, venta de materiales, etcétera— y ocupan el centro comercial de la ciudad, tanto con estos negocios como por sus residencias, mismas que por lo general carecen de ostentación y refinamiento. Por su parte los descendientes de los negociantes de origen extranjero o del interior del país, instalados desde hace mucho tiempo en Tumaco, han preferido invertir en la pesca y el comercio de pescado al mayoreo y al menudeo, en instalaciones ubicadas a lo largo de los muelles. Viven en hermosas casas en el centro urbano.

Una tercera categoría de blancos la constituyen los *pastusos* o serranos, originarios de las sierras vecinas —Pasto es la capital del departamento de Nariño—, quienes representan a la mayoría del aparato técnico y político-administrativo de la ciudad, sin ocupar un nicho residencial específico. Finalmente, los vallunos —originarios del departamento del Valle del Cauca y de su capital, Cali— han invertido en el sector económico agroindustrial desde los años 1970-1980, sin por eso residir de manera

permanente en Tumaco. En conjunto, estos cuatro grupos constituyen a lo sumo 8% de la población urbana, pero controlan la mayoría de las palancas del desarrollo político y económico de la ciudad (estimación del Episcopado, 1998).

En contraste con esta ocupación central del espacio urbano por parte de la población nonativa, el mercado y las calles adyacentes están casi completamente dedicados al pequeño comercio local, constituido por puestos precarios atendidos por mujeres de Tumaco o de los alrededores, muchas de ellas provenientes de los ríos. En los barrios periféricos, los comercios, generalmente de alimentos y abarrotes, siguen en manos de la población negra nativa, a pesar de que los *países* han comenzado a invertir cada vez más lejos del centro. Así, una cartografía de los usos del espacio evidenciaría una repartición discreta en el sentido matemático de la palabra; es decir, sin traslapes o sobreposiciones entre grupos sociales que trabajan en una y otra porción del espacio: la calle, el centro, los barrios, etc. El tipo de ocupación y su localización identifican de inmediato a la persona en términos de jerarquía social.

A semejanza de lo que acabamos de observar en la esfera del trabajo, las modalidades de uso cotidiano del espacio difieren según los grupos sociales. En los espacios privados, los tipos de hábitat informan fácilmente sobre la clase socioeconómica, como en todas partes, pero también sobre la identidad cultural y el origen rural o urbano de sus habitantes: presencia e importancia del patio trasero, distribución de espacios masculinos y femeninos, abiertos y cerrados (Mosquera, 1993; Álvarez, 1999). Los espacios domésticos, incluso cuando pueden ser vecinos, están claramente diferenciados y son relativamente herméticos entre grupos sociales, como indica brutalmente el dicho local: *en casa de paísa, negro fuera*.

Otros espacios privados funcionan o han funcionado separadamente, no tanto a nivel individual o familiar, sino como lugares de segregación abierta que alimentan el distanciamiento entre los colectivos racialmente diferenciados. Es el caso de los clubes o lugares de ocio y sociabilidad. El primer salón de Tumaco, Salón Nariño, estuvo explícitamente cerrado a las personas negras hasta los años 1940, y dedicado a tertulias y juegos de sociedad entre la llamada gente de bien —*señores bien*. El club privado que lo remplazó, Club Tropical, fundado por un grupo de accionistas, también estaba prohibido a los negros. Los dos lugares estaban situados en el centro de la ciudad, alrededor de la Plaza Colón y de la Taguera, cuya función simbólica de representación de la élite en la ciudad hemos visto.

Posteriormente, las discotecas se multiplicaron pero con clientelas separadas; aún en 1975, en una de ellas se impidió la entrada a un negro que venía acompañado por una mujer blanca. Se averiguó que el cliente en cuestión era Willington Ortiz, jugador de fútbol reconocido en el país y el incidente generó escándalo. Actualmente, la élite

local se cita en un club campestre al que pueden afiliarse los residentes negros “s: tienen los recursos suficientes” (entrevista a un comerciante paisa de Tumaco, abril de 2000), otra forma de asegurar su poca o nula presencia.

Los espacios públicos no escapan a esas distinciones y apropiaciones separadas: el puente entre las dos islas que conforman la ciudad, que cada fin de semana se transforma en un gigantesco espacio de rumba, es acaparado por jóvenes negros en su parte norte y por los paisas en la parte sur. Estos últimos dicen que el extremo norte es más peligroso porque allí hay “muchos negros”. La playa del Morro, sitio de esparcimiento para la juventud local durante la semana, se convierte en dominio exclusivo de familias de turistas paisas y pastusos durante las vacaciones escolares. Un mismo espacio adquiere cualidades y sentidos diferentes en el tiempo. Los habitantes-usuarios poseen la competencia social para descifrar los códigos asociados (Cunin, 2001) y cada uno conoce muy bien los lugares y las horas en que tal o cual lugar será suyo. Así, la discriminación no se inscribe en el espacio construido sino en el espacio practicado; en el uso que los diferentes actores individuales y colectivos hacen de él.

Con todo y esas microsegregaciones y estrategias de evitación mutua, la coexistencia en Tumaco está constituida por una convivencia distante, al menos durante el día y en los espacios públicos. Los comportamientos espaciales traducen las expectativas de unos y otros en cuanto al lugar que aspiran a ocupar en la ciudad. Cuando los blancos tenían un proyecto de vida en la ciudad, en la primera mitad del siglo XX, intervenían directamente en su organización tanto política como material. Los primeros colonos y sus descendientes, la mayoría de ellos negociantes, habían invertido en la construcción de la ciudad: lugares simbólicos, segregación residencial, espacios privados separados. Ahora pareciera como si los negociantes y la élite local, aun conservando y manteniendo su dominación económica y política, no invirtieran más en el espacio urbano, en el plano simbólico, y se limitaran a usar los elementos necesarios para su reproducción y expansión económica. En este sentido se puede observar una distinción entre los blancos instalados hace muchas generaciones, algunos empobrecidos y muy cercanos a los mestizos, y los recién llegados que no hacen más que explotar los recursos locales sin invertir social ni simbólicamente en lo local, sin proyectarse en un futuro anclado en la ciudad.

Esto explicaría la aparente ausencia de segregación residencial y le daría otro matiz: lejos de significar una ausencia de discriminación y racismo, constituiría al contrario su más acabada manifestación. A los ojos de los paisas, el espacio local, y por extensión la sociedad local, no serían ni siquiera dignas de interés si no fuera por su potencial económico. A pesar de vivir en Tumaco, su espacio de referencia es otro y continúa siendo el interior del país, de donde vienen: es allá donde invierten en objetos y prácticas de ostentación, donde sostienen sus redes de alianza, donde

entran en una competencia social entre pares. La ciudad de origen representa “una base”, “la seguridad”, “el porvenir de los hijos” (entrevista con dos hermanos paisas que llegaron entre 1985 y 1990). La ciudad de Tumaco se percibe como un *pis-aller*, la última opción cuando las demás ya no se pueden alcanzar. Antes, “cuando se tenía éxito, uno se iba a vivir a Cali y desde allí administraba”. Ahora, debido a la crisis, resulta muy difícil invertir en Cali y “uno se queda aquí” más tiempo que antes (entrevista a un comerciante paisa de Tumaco, abril de 2000).

La ciudad es un espacio de producción y reproducción social para los habitantes nativos —sean negros, mestizos o blancos de viejo cuño—, mientras que para las nuevas élites blancas existe una disociación entre el lugar de acumulación económica y el de inversión social. No se evidencian en Tumaco fenómenos de fronteras o de exclusión socioespacial residencial porque la competencia se juega en otra parte, a otra escala. Esto explica por qué no hallamos aquí una expresión de “lucha de lugares”⁸ como ocurre en numerosas ciudades americanas donde cada grupo social está asociado con barrios o espacios precisos. En Tumaco, la fijación de la posición de poder-subordinación en la sociedad local no pasa por una demarcación espacial residencial de tipo gueto, sino más bien por las formas de uso del espacio, visibles, por un lado, en la repartición de los espacios de trabajo, como vimos en la primera parte de este apartado y, por el otro, en la práctica diferenciada, cotidiana y rutinaria de esos espacios. Vemos ahora una tercera modalidad de relación entre ciudad e identidad, ya no en tanto entidad asociada a una u otra identificación, ni a través de las prácticas urbanas, sino como espacio de referencia que legitima ciertas opciones políticas.

LOS ACTORES POLÍTICOS EN LA CIUDAD, Y CÓMO MANEJAN LA ETNICIDAD

Las manifestaciones colectivas urbanas de los años 1980, en protesta contra el abandono y la degradación de la ciudad, pusieron de relieve el tema del respeto hacia una identidad local, tumaqueña, que se oponía a las imposiciones provenientes del centro, alternativamente llamado “pastuso”, “andino”, “paisa” o “serrano”. El paso de la identidad local (o tumaqueña, asociada a la ciudad) a la identidad negra es más tardío y se da en los años 1990, directamente ligado a la evolución de los discursos globales que reconocen la especificidad de las comunidades negras en cuanto grupo étnico legalmente instituido. Con la emergencia de un discurso identitario que se apoya en la Constitución de 1991 y la Ley 70 de 1993, la etnicidad negra se define por la pertenencia a un territorio y a un grupo caracterizado por su arraigo espacial ancestral en el Pacífico, y por el respeto

⁸ La expresión es de Raúl Villa en un trabajo sobre Los Ángeles (citado en Monnet, 2001).

hacia las prácticas tradicionales, elementos que en su conjunto justifican hoy el acceso a territorios colectivos. Elaborado en parte en respuesta a preocupaciones urgentes y fundamentales expresadas por las organizaciones de base —garantizar la seguridad territorial de las comunidades rurales—, este discurso encierra la etnicidad negra en su dimensión exclusivamente rural y territorial. Desde ese momento se vuelve inaccesible para los urbanos, quienes, sin embargo, componen la mayoría de la población negra colombiana y la mitad de la población del municipio de Tumaco. Sin territorio ni linaje comprobado, ellos no pueden prevalerse de la etnicidad negra tal como se construye en las esferas políticas, académicas y no gubernamentales en estos años.

Es preciso recordar al respecto que incluso antes de las innovaciones legislativas, los ciudadanos habían desarrollado un discurso étnico, sin darle siempre ese nombre, especialmente en torno a reivindicaciones y prácticas culturales específicas: danza, teatro, música. Particularmente activo en Tumaco, el sector cultural negro intervino masivamente en la movilización política de los años 1990 (Aristizabal, 1998; Agier, 2001). Con unas genealogías familiares que atestiguan un origen rural no muy lejano, algunos de esos ciudadanos comprometidos con la promoción de la cultura negra asumieron la pesada tarea de difundir y explicar las nuevas disposiciones legislativas a un mundo rural todavía muy marginado. Fundaban su legitimidad en su capacidad de comprender el nuevo lenguaje jurídico y traducirlo en recursos tangibles para los campesinos —el acceso al territorio—, a la vez que discutían y negociaban con las autoridades oficiales. Se transformaron así en mediadores indispensables en tanto dirigentes o asesores de las organizaciones campesinas o étnico-territoriales que se multiplicaron a partir de 1993.

Con la intensificación de la movilización en toda la región, esos intermediarios étnicos ocuparon un lugar cada vez más importante en las escenas local, regional y nacional. Con la complejidad administrativa que implica cierta especialización, se convirtieron en verdaderos profesionales étnicos que dependen de su oficio de mediador para su supervivencia económica, social y política. Este sector urbano creció y en un momento dado pudo pretender tener peso en las orientaciones globales respecto a la sociedad local —tanto urbana como rural— de la cual surgió. En otras palabras, los intermediarios étnicos se transformaron en interlocutores políticos y reivindicaron el derecho a la palabra que concernía a los asuntos de la ciudadanía en su globalidad, incluyendo evidentemente los de la ciudad. Si la etnicidad legal se construyó en referencia al campo y al territorio, único lugar donde, como ya dije, la lógica étnica rural funciona igual que en las áreas indígenas, la etnicidad política involucró y legitimó a los actores sociales y políticos estrictamente urbanos.

La recomposición del paisaje político urbano se realizó a partir de un reconocimiento étnico adquirido en el medio rural, y el anclaje rural condicionó de alguna forma la acción política en la ciudad. La ciudad suscitó así la mitificación de un mundo

rural considerado como fuente de identidad étnica, acompañada por una sobrevaloración de la tradición y las costumbres rurales que los urbanos redescubrieron y codificaron según sus necesidades. A falta de territorio, la memoria del territorio proporcionó la base identitaria indispensable para los individuos y los grupos que reivindicaban la etnicidad negra en sus actividades públicas y políticas. Los orígenes rurales, al proveer de algún modo un acceso simbólico al territorio, fungían como garantía del linaje que condicionaba la identidad étnica legítima.

Estos arreglos y ajustes políticos no deben interpretarse en términos de instrumentalización inmediateista ni reducirse a manipulaciones de corto plazo. En efecto, la introducción de la problemática étnica tiene repercusiones políticas más amplias en la medida en que obliga a los aparatos administrativos y políticos a revisar sus programas, discursos y formas de reclutamiento para integrar esta nueva dimensión. La reapropiación de la ciudad por los nativos, de la cual ya hemos visto los componentes demográficos y culturales, pasa también, ahora, por la presencia política y la construcción de una *legitimidad negra* que se opone a los *otros* (blancos, pastusos, vallunos, serranos, paisas). La problemática étnica negra se traslada así desde lo rural hacia la ciudad, sin que este traslado se acompañe, hasta hoy, por una reconstrucción de los discursos étnicos militantes.

Frente a la dificultad de vivir una etnicidad negra encerrada en su dimensión rural y territorial, muchos ciudadanos y jóvenes urbanos, que no se hallan en este modelo, buscan del lado de la dimensión racial y política lo que sería la especificidad de las poblaciones negras: el hecho de ser de color negro (fenotipo) y por eso expuesto a la discriminación cotidiana e institucional, y el hecho de pertenecer a un colectivo históricamente marginado por las autoridades gubernamentales en todos sus niveles. La definición de *ser negro* sacaría entonces a flote la alteridad basada en la subordinación o la rebelión, en la relación desigual con el *otro* y con la sociedad.

CONCLUSIÓN

Hoy, los nuevos desafíos identitarios para los militantes negros son claramente urbanos.⁹ ¿Pero habrían dejado de serlo alguna vez? A propósito de los esclavos cimarrones rebeldes del valle del Patía (Colombia) en el siglo XVIII, Zuluaga concluye: “Se podría decir que el ímpetu libertario de la población de color siempre está asociado a la constitución de nuevos barrios urbanos o semiurbanos” (1994: 251). La ciudad

⁹ Recordemos que en el año 2000 se estimaba en 68% la tasa de urbanización de la población negra, valor apenas inferior a la media nacional que es de 71% (Urrea *et al.*, 2000).

siempre ha constituido el refugio por excelencia para los prófugos negros que, a falta de territorios estables y reconocidos, sabían construir lugares íntimos, aunque fueran efímeros como esas tabernas o esas esquinas de las calles frecuentadas por las noches en la Lima del siglo XVIII: “Un lugar donde se es conocido y reconocido, sitio protegido, lugar donde se cumplen los intercambios y las obligaciones recíprocas” (Cuche, 1981: 110).

Hoy como ayer, más que los espacios, son las prácticas urbanas —circuitos utilizados, frecuentación de algunos lugares en ciertos momentos, apropiación diferenciada de espacios públicos— las que informan sobre las pertenencias sociorraciales de los actores. La relación identidad-espacio, lejos de desaparecer en el medio urbano, se expresa en escalas y bajo modalidades diversas, invalidando así algunos estereotipos existentes en materia de segregación urbana o, al contrario, de convivencia ciudadana. El gheto en sí, no explica ni demuestra nada. Tampoco la ausencia del gheto; lo hemos visto. La cultura urbana se construye en relación con la coyuntura política que legitima ciertas prácticas e invalida otras. En la Colombia de los años noventa, se construyó, con base en aportes rurales, pilares urbanos de la etnicidad negra, antes de buscar su propia vía y, posiblemente, influir a su vez en la evolución de la etnicidad negra rural hacia modelos más universales. Desde el punto de vista de los líderes del movimiento negro, el combate por el reconocimiento étnico se juega en la ciudad; es decir, allí donde no hay relación evidente entre identidad y territorio, allí donde cada uno se define por sus propias prácticas, sin definición exógena estable ni comunidad instituida por el Estado o por las legislaciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGIER, MICHEL

- 2001 “Le temps des cultures identitaires. Enquête sur le retour du diable à Tumaco (Pacifique colombien)”, *L'Homme*, núm. 157, París, pp. 87-114.

ÁLVAREZ, MANUELA

- 1999 “La ciudad deseada: seducciones y artilugios del desarrollo”, en Michel Agier, Manuela Álvarez, Odile Hoffmann y Eduardo Restrepo, *Tumaco haciendo ciudad*, Bogotá, ICAN-IRD-Univalle, pp. 87-108.

ARISTIZABAL, MARGARITA

- 1998 “El festival del currulao”, en María Lucía Sotomayor (ed.), *Modernidad, identidad y desarrollo*, Bogotá, ICAN-Ministerio de Cultura-Colciencias.

CUCHE, DENYS

- 1981 *Pérou Nègre*, París, L'Harmattan.

CUNIN, ELISABETH

- 2001 "La compétence métisse. Chicago sous les tropiques ou les vertus heuristiques du métissage", *Sociétés Contemporaines*, núm. 43, París, pp. 7-30.

DUREAU, FRANÇOISE, OLIVIER BARBARY, VINCENT GOUSET Y OLIVIER PISSOAT (coords.)

- 2004 *Villes et sociétés en mutation. Lectures croisées sur la Colombie*, París, collection Villes, Anthropos.

HOFFMANN, ODILE

- 2007 *Comunidades negras en el Pacífico colombiano*, Quito, Abya-Yala-IFEA-CEMCA-CIESAS-IRD.

HOFFMANN, ODILE; ELISABETH CUNIN Y OLIVIER BARBARY (coords.)

- 2007 "Ciudad y etnicidad: configuraciones de la etnicidad negra en la ciudad", en Françoise Dureau, Olivier Barbary, Vincent Gouset, Olivier Pissotat y Thierry Lulle (coords.), *Ciudades y sociedades en mutación. Lecturas cruzadas sobre Colombia*, Bogotá, IFEA-Universidad Externado de Colombia.

LESTAGE, FRANÇOISE

- 2001 "La 'adaptación' del migrante, un compromiso entre varias representaciones de sí mismo", *Scripta Nova*, revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, núm. 94 (16), Barcelona, Universidad de Barcelona.

MERIZALDE DEL CARMEN, BERNARDO

- 1921 *Estudio de la costa colombiana del Pacífico*, Bogotá, Imprenta del Estado Mayor General.

MINAUDIER, JEAN-PIERRE

- 1992 *Histoire de la Colombie de la conquête à nos jours*, París, L'Harmattan.

MONNET, JÉRÔME

- 2001 "Las escalas de la representación y el manejo del territorio", en Beatriz Nates Cruz (comp.), *Territorio y cultura, del campo a la ciudad. Últimas tendencias en teoría y método*, Quito, Abya-Yala-Universidad de Caldas-Alianza Colombo-Francesa, pp. 109-121.

MOSQUERA, GILMA

- 1993 "La vivienda rural en el Chocó", en Pablo Leyva (ed.) *Colombia Pacífico*, t. II, Bogotá, Fen-Biopacífico, pp. 496-517.

PODM (PLAN OPERATIVO DE DESARROLLO MUNICIPAL)

- 1998 Plan Operativo de Desarrollo Municipal de Tumaco 1998-2001, Tumaco, s. e.
1999a "Hacia la periodización de la historia de Tumaco", en Michel Agier, Manuela Álvarez, Odile Hoffmann y Eduardo Restrepo, *Tumaco haciendo ciudad*, Bogotá, ICAN-IRD-Univalle, pp. 54-86.

PODM

- 1999b "Aletosos: identidades intergeneracionales en Tumaco", en Michel Agier, Manuela Álvarez, Odile Hoffmann y Eduardo Restrepo, *Tumaco haciendo ciudad*, Bogotá, ICAN-IRD-Univalle, pp. 151-196.

URREA, FERNANDO Y CARLOS VIAFARA

- 2000 "Informe sobre la población afrocolombiana en contextos regionales y urbanos y los organismos multilaterales y afines en el Pacífico", Cali, documento presentado al Gobierno Británico.

ZULUAGA, FRANCISCO

- 1994 "Conformación de las sociedades negras del Pacífico", *Historia del Gran Cauca*, Cali, Universidad del Valle, Instituto de Estudios del Pacífico.

Etnicidades urbanas en las Américas.
Procesos de inserción, discriminación
y políticas multiculturalistas

Séverine Durin
(coord.)

CIESAS-EGAP
(Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social-Escuela de Graduados en Administración
Pública y Política Pública del Tecnológico de Monterrey)



TECNOLÓGICO
DE MONTERREY.



TECNOLÓGICO DE MONTERREY
EGAP.
Escuela de Graduados en Administración
Pública y Política Pública

305.8

E584e

Etnicidades urbanas en las Américas. Procesos de inserción, discriminación y políticas multiculturalistas / Séverine Durin (coord.). --México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: Escuela de Graduados en Administración Pública y Política Pública del Tecnológico de Monterrey, 2010.
376 p. : maps. gráfs. plans. ; 23 cm.

Incluye bibliografías.

ISBN 978-607-486-098-6

1. Etnicidad. 2. Identidad étnica - América. 3. Multiculturalismo - América. 4. Socialización - América. I. Durin, Séverine, coord.

Edición al cuidado de Bulmaro Sánchez

Diseño de portada: Samuel Morales H.

Tipografía y formación: Sigma Servicios Editoriales

Primera edición: 2010

© Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social
Juárez 87, Col. Tlalpan,
C. P. 14000, México, D. F.
difusion@ciesas.edu.mx

© Escuela de Graduados en Administración Pública y Política Pública
Tecnológico de Monterrey
Edificio EGAP
Av. Fundadores y Rufino Tamayo S/N
66269 San Pedro Garza García, Nuevo León, México
tel. (81) 86 25 83 00
laura.trevino@itesm.mx

ISBN 978-607-486-098-6

Impreso y hecho en México.